

MUNDOS, MUJERES

Francisco Martínez Navarro

MUNDOS, MUJERES


ESDRÚJULA
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, junio 2021

© Francisco Martínez Navarro, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Elena Picón

Maquetación: Soledad Carrillo

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 908-2021

ISBN: 978-84-123813-5-1

Impreso en España · Printed in Spain

Quiero agradecer a Juan José Castillo sus apreciaciones y puntualizaciones en el ámbito de la geología, tanto en *Misión vertical* como en *Mundos, mujeres*. También a Rafael Iglesias sus observaciones sobre plantas solares. Y, sobre todo, quiero resaltar el asesoramiento (y la paciencia) de Joaquín Alonso, en materia de energías y combustibles renovables y no contaminantes, que ha sido imprescindible en esta novela.

La empatía era algo inherente entre los humanos,
mientras que es posible encontrar cierto grado de inteligencia
en todas las especies, incluidos los arácnidos.

PHILIP K. DICK, *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*

Nuestros ojos solo pueden ver ciertas longitudes de onda,
por lo que gran parte del mundo nos resulta invisible.

SUZANNE CLEMINSHAW, *Grandes ideas*

INTROITO

Hay una diferencia muy grande entre dar un portazo y empujar suavemente la puerta para que encaje en el marco. Cerrar de golpe, haciéndola chocar violentamente y provocando un estruendo, implica mucho malestar, ahí te quedas, no quiero verte, no aguanto más, esto se lo hago a la puerta por no hacértelo a ti... Cerrar con educación y sin agresividad implica que las cosas siguen su curso, armonía, hasta pronto, no olvides que te quiero, te llamaré, adiós, adiós... Pero, tanto en un caso como en otro, pasados unos minutos, el resultado es el mismo: la puerta está cerrada. Más tarde o más temprano se olvidará el portazo o la suave presión en el pomo.

A este mundo —al planeta Tierra, si queremos llamarlo así— le ocurre algo parecido. Que estalle y desaparezca es algo muy distinto a que siga dando vueltas alrededor del Sol. Sin embargo, pasado un tiempo, digamos unos cuantos miles de años, será casi imposible rastrear en el universo la huella de un portazo o de un planeta extinto.

Propongo un experimento. Coged un guisante y sostenedlo entre el pulgar y el índice. Miradlo unos segundos. Ahora,

echadlo a una olla con muchos otros guisantes. Coged otro. Pero esta vez, después de observarlo, estrujadlo entre los dedos. Es muy fácil, no cuesta nada destruir un guisante, no supone ningún esfuerzo. La olla de guisantes no cambiará sustancialmente por uno más o menos, ni por un guisante chafado o liso. Hagan lo que hagan tus dedos (estrujar o no estrujar, esa es la cuestión), el universo tiende siempre a la rutina. Si alguna fuerza destruyera este mundo, la cosa no pasaría de una reacomodación de las órbitas de los otros planetas. La olla de guisantes seguiría su curso con total normalidad.

(De las notas tomadas entre marzo y agosto del 2019).

LA LEYENDA

1. PLATA Y LOLA

Año 2019

Domingo 27 de enero, 7.20

Departamento de Alto Garona (Occitania, Francia)

Rújula vive entre los humanos, pero no es humana. No es una mujer, sino una hembra de otra especie que habita también en este planeta, a escondidas de la práctica totalidad de las personas. Rújula no tiene dientes: sus mandíbulas son lisas, como dos huesos curvados. A través de la piel, pálida, con poco vello y extremadamente sensible, absorbe nutrientes por ósmosis, aunque también los puede ingerir. Esa piel tan especial, aparentemente similar a la nuestra, es también su principal vehículo de comunicación: a través de ella percibe las vibraciones que provocan las emociones de los seres vivos de su entorno. La palabra *emoción* viene del latín *ex motio*, que significa «movimiento desde dentro hacia fuera», algo así como el modelo estímulo-respuesta. Para Rújula, sentir e interpretar son el mismo proceso; no piensa con la mente,

sino con la piel. Por esta razón se llama Piel a su especie, que, junto con otras igualmente no humanas, habita en el interior de la Tierra.

Acaba de volver de allí abajo. Ha pasado entre los suyos un lapso de tiempo que puede equivaler a quince o dieciocho días. Está otra vez embarazada, de una cría hembra. Más exactamente «ligada», como ellos dicen. Necesitaba estar en contacto con la atmósfera intraterrena y el agua electrificada para que su hija nonata no dejara de ser una auténtica Piel. Cuando tuvo a su primer hijo hizo lo mismo. Los Piel son como los marsupiales: expulsan del útero a sus crías cuando casi son todavía embriones (me cuesta mucho saber la equivalencia en meses), y pasan la mayor parte de lo que nosotros consideramos embarazo en un repliegue del vientre de la madre, que se desarrolla extraordinariamente en esta fase. Se alimentan a través de la piel del pliegue; pueden salir por sí mismas a la luz, jugar y conocer el exterior, y después, volver a la bolsa. No hay parto. No hay salida-expulsión ni abandono-trauma: llega un día en que la madre sabe que su vástago no necesita volver al pliegue y le impide entrar, eso es todo.

Domingo 27 de enero, 7.30

Villar de Ladera (Andalucía, España)

Rubén llega borracho; no es ninguna sorpresa para Lola. Como sonámbula, va al cuarto de José, su hijo de nueve años, y cierra la puerta. Vuelve al dormitorio; choca con Rubén en el pasillo. Rubén va al baño, a vomitar y hacer de vientre.

Lola se tumba en la cama; los ruidos del cuerpo de su pareja forman parte de la rutina. Aún está oscuro; en pocos minutos levantará los cierres el bar, en la planta baja del edificio. Enseguida, Rubén se mete en la cama junto a Lola.

—Si te levantas, no hagas ruido, no vayas a despertar al niño, que juega un partido esta mañana y tiene que estar descansado —dice ella con lengua de trapo, de espaldas a la barriga de su pareja.

—¿A qué hora...?

—Como si a ti eso te importara. Estarás durmiendo la mona...

—Ya..., pero... me gusta saber lo que hace.

—Lo llevaré yo. Aunque he dormido mal. He tenido pesadillas. Como un presentimiento...

—Cosas más raras... pasan..., te pasan... —Rubén está prácticamente dormido—. Soñar con... preser..., presermientos..., preservativos...

—Presentimientos. Que Carmen, la que está inválida, se levantaba y se ponía buena..., y pegaba un patada en la puerta..., en nuestra puerta, y nos echaba una bulla...

—Si no se mueve de la cama...

—Pues ahí está lo raro... Que se va a morir un día de estos, y yo voy y sueño que se levanta. Y tú, ¿qué? ¿Ha habido muchas peleas?

—Tranquila... La noche, tranquila. No he echado a nadie a patadas.

—Te estás amariconando.

—Los jefes han conseguido que vaya gente fina y con pelas. — Se acomoda en la cama y echa un brazo por el hombro

de Lola—. Se emborrachan sin que haya que llamar a la policía.

—Normal. La gentuza no da dinero.

—Ya no van niñatos...

—Tienen que subirte el sueldo.

—¿Subirme el sueldo? Pues va a ser que no. El mes que viene..., que me vaya. Me han dicho... que me vaya. Que el mes que viene no vaya... Que ya me llamarán.

Lola se separa con brusquedad y se incorpora en la cama, sacada del semisueño por la rabia:

—Rubén...

Solo dice «Rubén...». El desengaño y la impotencia la inducen a callarse y no armar una bronca. Sería la tercera en dos meses por el mismo motivo. Además, él ya está dormido.

8.05

Departamento de Alto Garona

Rújula está a punto de desmayarse al final del viaje que la devuelve a la superficie. Solo las arañas y las salamandras que pueblan la cueva son testigos de su llegada. El cieno y los excrementos de los murciélagos se están fundiendo: una columna blanquecina atraviesa el suelo resbaladizo e inestable que han formado a lo largo de los siglos. Transcurridos unos minutos, lo que en principio era gaseoso se solidifica hasta adquirir una textura entre plástica y metálica.

La cueva es amplia: unos quinientos metros en su lado más ancho. Las estalactitas están iluminadas por el extraño

fenómeno, un cilindro resplandeciente que atraviesa la roca tras desmaterializarla. Rújula está en el interior, concluyendo el viaje vertical de setecientos kilómetros. Para evitar un posible desvanecimiento por la diferencia de gravedad y presión, mantiene el cuerpo cubierto solamente por enormes hojas de plantas, que segregan una sustancia viscosa que la nutre a través de la piel y le estabiliza la temperatura y el ritmo cardiaco. Tiene una mano en el interior del pliegue marsupial, acariciando y tranquilizando a su cría. Cuando por fin alcanza la superficie, en la plataforma que la ha traído desde su mundo, la columna empieza a desvanecerse y ella puede salir al exterior, cuidando de no resbalar en el suelo viscoso. En menos de un minuto, la columna pierde solidez y vuelve a ser un gas que se va diluyendo lentamente, al tiempo que la piedra y el cieno de la cueva retornan a su materialidad original. Rújula realiza inspiraciones lentas y continuadas para volver a habituarse a la pesada atmósfera supraterrena. Sus pies descalzos se orientan hacia una zona por la que se filtra algo de luz desde una elevada altura. Las estalactitas dejan de reflejar la luz de la columna, que ha desaparecido. Acelera el paso en terreno seco; alcanza la pared por la que asciende un empinado camino marcado por vetas verdeazuladas cuyo brillo metálico le señala que ha de subir entre riscos hasta llegar a una abertura, por la que se adentra gateando. Siguiendo las marcas, recorre durante casi media hora una galería muy angosta y de no más de dos metros de alto. La particular inclinación de las marcas permite que se vean de frente; pero, una vez rebasadas, resulta imposible distinguir las en la total oscuridad que Rújula va dejando tras ella.

La cría experimenta un espasmo en el pliegue de su madre. Rújula la saca y le susurra algo al oído. El túnel se estrecha aún más, y tiene que avanzar agachada y arrastrándose, apoyándose en las rodillas y en un solo codo. Lleva a su hija en la otra mano; le falta muy poco para salir del túnel, que se convierte en una última subida hacia otra abertura por la que la hembra Piel, por fin, puede acceder a la boca de la cueva, como a trescientos metros. Camina aceleradamente y deposita de nuevo a la cría en el marsupio. Tiene los pies heridos y respira con dificultad por el esfuerzo. Respira con dificultad un aire que no es el suyo, pero ella lo quiso así; sería complicado explicar ahora por qué.

Desde la boca de la cueva divisa el paisaje de los humanos: un valle de los Pirineos, entre cuyos picos nevados deambulan las nubes. A cuatro o cinco kilómetros se adivinan unas casas. Se oyen a lo lejos, allá abajo, los cencerros de unas vacas. El valle está salpicado de manchas de nieve, entre encinas y arces. Mira a lo alto: un cielo sin fronteras, hoy parcialmente despejado, linda con el resto del universo, expuesto a las peores poluciones, accidentes y ondas magnéticas... Un cielo, humano, que también prefirió al suyo originario.

No sería raro que se encontrara con algún grupo de montañeros. Se sentiría incómoda: está cubierta solamente con las grandes hojas que han mantenido sus constantes vitales, pero que ahora se están secando y cayendo de su cuerpo. No es un montañero quien va hacia ella. Es un hombre delgado y muy alto, vestido con unos tejanos y una sudadera oscura. No lleva bastones de senderista ni ningún aparejo de escalada. Sube hacia la cueva con pasos ágiles, sin asomo de cansancio.

Lleva a la espalda una voluminosa mochila, que deposita a sus pies. No se dirigen la palabra. Rújula tiembla de frío cuando se desprende de las últimas hojas. No está totalmente desnuda: alrededor del torso lleva algo parecido a un chaleco de una sustancia gelatinosa y semitransparente, de aspecto húmedo pero que no rezuma. Le llega desde las clavículas hasta la cintura. Unas caderas estrechas para ser una hembra. La sustancia la lleva pegada a la piel; es evidente que le proporciona frescura y vitalidad. Es un cuerpo vivo, se mueve: tras la película transparente se advierten bulbos blanquecinos que se agitan dentro de grandes burbujas acuosas, como el interior carnoso de una planta. Rújula sostiene la mirada del hombre e inicia una serie de gestos casi imperceptibles a modo de comunicación. Entre estos y el débil sonido que emiten ambos con sus órganos bucales, mantienen una conversación que en lenguaje humano podría descifrarse así:

—Necesito una explicación. Quiero saber por qué nos consentís hacer esto.

—Todo está correcto. Confío en ti —contesta el hombre—. Tengo que irme. Vístete.

A continuación, abre la mochila: contiene ropa para Rújula. De un bolsillo del pantalón se saca una navaja.

8.40

Villar de Ladera

Lola le ha preparado la leche y las galletas a José. Está desmaquillándose frente al espejo del baño. De vez en cuando

baja a la cocina para comprobar que el niño se toma el desayuno. Está enfadada. Está desesperada. Rubén, otra vez al paro.

—Todo para dentro, ¡y deprisa...!

—Pero si el partido no empieza hasta las once.

—Te dejo antes y me voy a trabajar desde allí.

—Que me lleve papá.

—Que me lleve papá..., que me lleve papá... —Esto último lo ha dicho Lola en voz más baja, evitando que su hijo note la rabia que afila la palabras—. ¡Que acabes, te digo, joder! ¡Que nos vamos ya!...

Lola está yendo y viniendo del dormitorio al baño, del baño al armario de pared, vistiéndose, peinándose, bajando las escaleras para controlar que el niño se trague las galletas... José no se arriesga a desobedecer, sabiendo como sabe lo larga y rápida que tiene la mano su madre. Menos mal que, mientras ella hace kilómetros por el pasillo como una ardilla, el padre está durmiendo la borrachera y roncando como un oso; así por lo menos no hay más gritos.

—¿Por qué trabajas en domingo?

—Acaba, Jose, que nos vamos.

Lola no oye. La verdad es que prefiere no oír. Ni pensar. Coge un billete de cinco euros de un cajón. Durante unos segundos se queda mirando el álbum digital, que siempre está encendido y haciendo revivir el pasado presuntamente feliz: fotos de su madre, de su padre, ya fallecido, de las amigas de la juventud, de Rubén de joven, otra vez de la madre, de José de bebé, de José en los caballitos, de Rubén otra vez jugando a las cartas, de ella riendo..., de todos riendo... Rubén no puede reír sin estruendo. Es un hombre grande. Tiene que

reír a lo grande, y que todo el mundo se entere de que está riendo y de que es grande. Lola ha parado el álbum en la foto en que aparece él con las cartas en la mano y el cigarro en la boca; recuerda fugazmente que, cuando lo conoció, enseguida quiso verlo pelear con otro tío. Es su fantasía sexual favorita. No le fue difícil provocar un altercado cuando le echó el lazo; su hijo José tenía un año: «Ese tío me mira mal». «Cuál». «Dice que me conoce, pero no es verdad». «¿Dónde está?». «Déjalo, no merece la pena; es un capullo». «Dime quién es». «Hablando con el camarero, pero ten cuidado, no tienes que hacer nada por mí...».

Rubén es alto, rubio, de pelo rizado, ojos claros y cara cuadrada, en armonía con el armario que tiene entre los hombros. Aunque, la verdad, roncando y con un brazo fuera de la cama, el barrigón cervecero saliéndose de la camiseta (y de la cama también, como el brazo), no parece el provocador que fue y sigue siendo. Lola se ha convencido todos estos años de que él es así, no porque sea un gandul, sino porque le gusta la vida y no quiere malgastar el tiempo trabajando.

—¡Te tengo dicho que no dejes los calzoncillos y los calcetines por el suelo, que los eches a la lavadora! ¡Te estás convirtiendo en otro inútil...!

El último grito ha soliviantado a Lazo. Lazo es un retriever de pelo más castaño y largo que los de pura raza. Muchas veces, como esta, se queda ensimismado mirando a Lola, que es quien suele sacarlo y darle de comer.

—Tú eres el único que me entiende en este infierno —dice Lola, abatida, mirando a Lazo, mientras empuja a José para que acelere y salga de una vez por la puerta.

El hombre se quita la ropa al tiempo que Rújula se pone la que saca de la mochila. El hombre no tiene genitales. Sus piernas, delgadas y lampiñas, se unen al torso, dejando un simple arco bajo la pelvis. Rújula se protege del frío embutiéndose en prendas térmicas, aunque conserva adherido al cuerpo el chaleco de tejido vivo. El hombre, desnudo, abre la navaja y se clava la hoja con cuidado en el centro de la frente, para rasgarse la piel, que va desprendiendo conforme la hoja baja por el rostro, el cuello y el resto del cuerpo. Tras un último y brusco tirón, se la arranca por completo; queda en el suelo convertida en un cúmulo amarillento y pringoso. En realidad no es un hombre lo que había bajo la piel: es un ser de aspecto escamoso y brillante, mondo y desproporcionado de brazos y piernas, con ojos rasgados, pequeños y muy claros, dotado de orificios nasales y auriculares, aunque sin nariz ni orejas. La boca, curiosamente parecida a la de ella. Los pocos humanos que conocen su existencia lo llaman Plata.

Rújula, vestida y con menos frío, comprueba que en la mochila hay también monedas y un billete de tren para regresar a casa. Plata se anuda al brazo una cinta ocre, de un material parecido al cuero. A su contacto queda inmóvil un instante, mientras comprueba que la estela se adhiere satisfactoriamente a su cuerpo reptiliforme: en realidad es una brújula orgánica que lo va a orientar en el interior de la cueva para encontrar el transporte que acaba de usar Rújula, que lo conducirá al mundo intraterreno.

Un último intercambio de gestos y de sonidos inapreciables para el oído humano:

—¿Sabéis ya quién será vuestro contacto? —pregunta Plata.

—No, pero tenemos varios candidatos. Pronto lo decidiremos. ¿Por qué nos permites hacerlo justamente ahora, cuando hasta hace muy poco nos has perseguido y maltratado por eso mismo?

—Porque los Piel no conocéis el momento, el lugar ni el porqué.

—Eso no es verdad: conocemos a los humanos mejor que tú. Somos sus antepasados; son nuestros hijos descarriados. Algún día, ellos también...

—Basta. Solo sabes lamentarte. Te he permitido que vivas aquí todo este tiempo porque necesito experimentar, saber en qué han cambiado o no estas bestias. Tú eres una de esos Piel que mantienen vínculos atávicos con estos degenerados y no pueden prescindir de su compañía. De acuerdo, sigue. Eres un buen eslabón. Continúa con tu labor. Y no lo olvides: no deben salir de la ignorancia, pero tampoco deben permanecer en el sufrimiento.

—Eso es imposible.

—Tú y los demás Piel que estáis aquí debéis hacerlo posible. Os permitimos esta relación con los humanos con esa condición. Pero si os equivocáis, vuestra vida y la de ellos correrá peligro. Y la de vuestros hijos.

—Entonces..., ¿con qué fin estoy...?

—Los fines no existen. Solo importa lo que hagas en cada momento. Eres una pieza, no la mano que mueve la pieza. No preguntes tanto.

—¿Cómo...?, ¿cómo conseguiré que recobren la salud sin que sepan que...?

—Tú no vas a conseguir nada. Tú solo muévete. Desea lo que tengas, no lo que no tengas. Pero no te quedes de brazos cruzados.